

que la conciencia no tiene demasiada importancia en el conocimiento: la mayoría de los procesos por los que llegamos a ver algo son procesos neurobiológicos no conscientes, se producen, por tanto, en el cerebro procesos mentales inconscientes que dan lugar a la visión... aunque estos procesos son esenciales para la producción de la experiencia visual, en este nivel no hay ninguna realidad psicológica. Solo hay una secuencia de disparos neuronales sin ninguna realidad mental en absoluto... Pero es un tremendo error verlos como, por así decirlo, la punta del iceberg de una realidad mental inconsciente que da lugar a la conciencia como una especie de glaseado en un pastel... para que algo sea un fenómeno mental inconsciente, ha de ser algo que pueda ser consciente, pues de lo contrario no hay realidad psicológica, ni forma aspectual, ni contenido intencional» (pp. 211-212). Esta discusión, aunque parezca de algún modo colateral, ofrece una importancia filosófica enorme porque sitúa a la filosofía en la misma continuidad con el

saber común, es decir, con criterios de verdad y experiencias vitales que no pueden ni fingirse ni ignorarse. «La conclusión... es... [que] la conciencia mantiene una importancia absolutamente central en cualquier discusión acerca de la cognición en general y de la percepción en particular» (p. 212).

El último capítulo se dedica a las teorías clásicas de la percepción. Como Searle solo considera la filosofía moderna y contemporánea, todas las teorías son criticadas debidamente: el escepticismo, el representacionismo, el fenomenalismo y el idealismo. De esta manera, al parecer Searle se sitúa a sí mismo en la estela de los mejores desarrollos del pensamiento clásico que él ignora supinamente, desde Aristóteles hasta San Buenaventura y Santo Tomás, desde Scotus y Ockam hasta Francisco Suárez y Juan de Santo Tomás. Solo queda lamentarnos del tiempo perdido y darle la bienvenida a la epistemología desarrollada por la filosofía perenne.

Enrique MOROS

---

**José Manuel GIMÉNEZ AMAYA**, *Reflexiones de un neurocientífico*, Amazon KDP, 2019, 125 pp., 12,7 x 20,5, ISBN 978-1091759916.

No es frecuente ver un libro como este, tanto por el perfil de su autor como por el contenido que ofrece. El profesor Giménez Amaya ha sido catedrático de Anatomía y Embriología de la Facultad de Medicina de la Universidad Autónoma de Madrid, donde dirigió un laboratorio de investigación neurobiológica durante años; y es doctor en Filosofía por la Universidad de Navarra, consolidando una preocupación humanista que cultivaba desde los años de su trabajo neurocientífico. Esta simbiosis de conocimientos y de capacidad reflexiva le proporciona una privilegiada atalaya para brindar claves del complejo futuro que, en el cam-

po científico, se va haciendo realidad en relación con la persona humana.

El contenido consiste en treinta artículos divulgativos a la vez que rigurosos, breves a la vez que profundos, sencillos a la vez que penetrantes, sobre las relaciones entre neurociencia y antropología. En concreto, este pequeño libro logra un doble objetivo: plantear los problemas, cada vez más serios, simultáneamente neurobiológicos y antropológicos; y presentar una panorámica del desarrollo de la neurociencia en los últimos años, especialmente en la primera década de nuestro siglo. Por eso el libro resulta, al mismo tiempo, in-

formativo y provocador, actualiza al lector y le mueve a la reflexión.

Bajo todos los problemas de los que se habla en los artículos, subyace la necesidad de la interdisciplinariedad. A lo largo de las páginas se ve cómo sin esa actitud no pueden abordarse, y ni siquiera comprenderse, los problemas que la ciencia neurobiológica plantea. Y esto por la sencilla razón de que esos problemas son a la vez –lo sepa el científico o no– antropológicos, y no menores. Pero en estas páginas no solo se aboga por la actitud interdisciplinar, como es tan frecuente, sino que se ejerce de hecho. Lo cual sirve como muestra efectiva de esa actitud –cosa menos habitual de lo acostumbrado y pregonado– y, sobre todo,

como definitivo argumento de que la interdisciplinariedad no es tanto un método abstracto y formal cuanto una actitud personal y comprometida. Más que ciencias o protocolos interdisciplinares, hay personas –y preguntas planteadas por ellas– interdisciplinares.

En definitiva, este pequeño libro presta un gran servicio a los legos en la neurociencia para saber qué está ocurriendo, a los científicos para que se planteen con más alcance sus legítimas preguntas y a los humanistas para que, acogiendo los resultados de la ciencia, susciten cuestiones acaso inadvertidas para otros.

Sergio SÁNCHEZ-MIGALLÓN